

Estaba tal como habia salido, aquella misma mañana, del escollo Douvres, haraposó, con los codos agujereados, con la barba larga, los cabellos desgredados y ásperos, los ojos quemados y encendidos, la cara desollada, las manos ensangrentadas, los pies descalzos. Algunas de las pústulas del pulpo estaban aun visibles en sus velludos brazos.

Lethierry le contemplaba.

—Es mi verdadero yerno. ¡Cómo se ha batido con el mar! ¡Está cubierto de andrajos! ¡Qué espaldas! ¡qué patas! ¡qué hermoso es!

Gracia corrió hácia Deruchette, y le sostuvo la cabeza. Deruchette acababa de desmayarse.

## II.

## LA MALETA DE CUERO.

Desde el amanecer Saint-Sampson estaba en pie y Saint-Pierre Port empezaba á llegar. La resurreccion de la Duranda metia en la isla un ruido comparable al que en el mediodía de Francia metió la Salette. En el malecon se agolpó la multitud para mirar la chimenea que salia de la panza. Todos hubieran querido ver y tocar un poco la máquina; pero Lethierry, despues de haber de nuevo y á la luz del dia inspeccionado triunfalmente las piezas, habia ajustado en la panza dos marineros encargados de impedir que la muchedumbre se acercase á ella. Tenian todos que contentarse con contemplar la chimenea. La

multitud estaba admirada. No se hablaba mas que de Gilliatt. Se comentaba y aceptaba su apodo de Malo, y la admiracion tenia por remate esta frase: «No siempre conviene tener en la isla gentes capaces de llevar á cabo semejantes empresas.»

Desde fuera se veia á mess Lethierry sentado á la mesa delante de su ventana, y escribiendo, con la mirada de un ojo fija en el papel y la del otro fija en la máquina. Estaba de tal manera absorbido que no se interrumpió mas que una sola vez para llamar á Dulce y preguntar en qué estado se hallaba Deruchette. Dulce habia respondido: «La señorita se ha levantado, y ha salido.» Mess Lethierry habia replicado: «Hace bien en tomar el aire. Esta noche, á causa del calor, se ha sentido algo indispueta. Habia mucha gente en la sala. Y además la sorpresa, la alegría, amen de estar las ventanas cerradas. ¡Va á tener un excelente marido!» Y habia proseguido su tarea. Tenia ya rubricadas y cerradas dos cartas dirigidas á los mas notables constructores de Brema. Acababa de cerrar la tercera.

El ruido de una rueda en el malecon la hizo erguir el cuello. Se asomó á su ventana y vió salir del sendero por el cual se iba al Bu de la Calle un mozo de cordel arrastrando un carretón. El mozo se dirigia al lado de Saint-Pierre Port. Habia en el carretón una maleta de cuero amarillo con embutidos de clavos de cobre y estaño.

Mess Lethierry apostrofó al mozo.

—¿A dónde vas, muchacho?

El mozo se detuvo, y respondió:

—Al *Cashmere*.

—¿A qué?

—A llevar esta maleta.

—Corriente, llevarás tambien estas tres cartas.

Mess Lethierry abrió el cajón de su mesa, sacó un pedazo de bramante con que ató las tres cartas que acababa de escribir, y echó el paquete al mozo que lo recibió al vuelo con las dos manos.

—Dirás al capitán del *Cashmere* que soy yo quien escribe, y que tenga cuidado. Son cartas para Alemania. Brema por Londres.

—Yo no hablaré al capitán, mess Lethierry.

—¿Por qué?

—El *Cashmere* no está atracado al andén.

—¡Ah!

—Está en rada.

—Hace bien, á causa del mar.

—No podré hablar mas que al patrón del buque.

—Le recomendarás mis cartas.

—Sí, mess Lethierry.

—¿A qué hora se hace á la vela el *Cashmere*?

—A las doce.

—Hoy, al medio día, la marea sube. Tiene la marea en contra.

—Pero tiene el viento favorable.

—Muchacho, dijo mess Lethierry asestando su dedo índice á la chimenea de la máquina, ¿ves aquello?

es una cosa que se burla del viento y de la marea.

El mozo se metió las cartas en el bolsillo, volvió á coger la vera del carreton y siguió su camino hácia la ciudad.

Mess Lethierry llamó: ¡Dulce! ¡Gracia!

Gracia entreabrió la puerta.

—¿Qué me mandais, mess?

—Entra, y aguarda.

Mess Lethierry cogió un pliego de papel y se puso á escribir. Si Gracia, en pie detrás de él, hubiese sido curiosa y adelantado la cabeza mientras él escribía, hubiera podido leer por encima de su hombro lo siguiente:

«Escribo á Brema para que se me proporcione madera.

»Tengo citas todo el dia con carpinteros para el avaloro.

»La construccion marchará de prisa. Tú, por tu parte,

»vete á casa del dean para obtener las dispensas. Deseo

»que el matrimonio se haga cuanto antes; si puede ser,

»hoy mismo. Yo me ocupo de Duranda, ocúpate tú de

»Deruchette.»

Puso la fecha y firmó. LETHIERRY.

No se tomó la molestia de cerrar la carta. No hizo mas que doblarla, y se la entregó á Gracia.

—Lleva esto á Gilliatt.

—¿Al Bú de la Calle?

—Al Bú de la Calle.

## LIBRO TERCERO

### PARTIDA DEL CASHMERE.